Parque Marino Las Baulas protege más que tortugas

LAURA JAÉN y CLARA PADILLA

La iniciativa para la creación del Parque Nacional Marino Las Baulas de Guanacaste fue impulsada por guanacastecos como el ya fallecido Carlos Rodríguez Santana, y otros como Angel Angulo, Casimiro Guadamuz y Clara Padilla, bajo la sombra de la ya extinta Fundación La Gran Chorotega. En 1985 llevamos, a través de la música y el arte, el mensaje de conservación de la tortuga baula a los pueblos de Matapalo -el más cercano a playa Grande-la Pocora y Salinitas, hoy playa Grande.

En ese entonces, hueros de los pueblos vecinos saqueaban los nidos sin ningún razonamiento sobre las consecuencias futuras, y día a día vendían este preciado producto para llevar el sustento a sus familias. Ante tal desastre nos dimos a la tarea de brindarles capacitación y entrenamiento y hoy día muchos de ellos son guías locales defensores del Parque, pues lograron comprender que de éste depende su sustento y el de sus familias durante el tiempo que él exista. Con la creación del Parque y la presencia de guardaparques y guías locales en las playas de anidación, en los años noventa se redujo el saqueo de huevos al mínimo (entre 0% y 2%), esto confirmado por estudios recientes.

En aquel tiempo las autoridades competentes nos pedían estudios científicos respaldados por reconocidas autoridades. Fue cuando la bióloga santacruceña -de la Universidad de Costa Rica- Nayudel Guadamuz, hija de Casimiro Guadamuz, con el apoyo del científico Peter Pritchardt y de María Teresa Koberg, realizaron las primeras investigaciones para respaldar la iniciativa y así se creó el Parque Nacional Marino las Baulas de Guanacaste (nombre dado por el querido Carlos Rodríguez Santana), cuyo fin fue darle protección al sitio de anidación más importante en el Pacífico oriental de una especie de tortuga marina en peligro de extinción: la baula; sitio que no solo alberga a la tortuga marina más grande del mundo sino también a otras dos especies, la lora y la negra.

Pero hoy día la amenaza ya no la representan los

pobladores de las comunidades, sino que ella estriba en la proliferación desmedida de construcciones. Cuando se creó el Parque apenas existían tres casas y un pequeño hotel, hoy, a pesar de ser Parque, se han construido aproximadamente 30 casas, todo bajo el manejo permisivo de los diferentes gobiernos.

Las organizaciones locales, como las asociaciones de guías locales de Tamarindo y Matapalo, las Damas Amigas del Parque Las Baulas y, recientemente, la Asociación Pro Conservación de los Recursos Naturales y Culturales de Guanacaste, hemos sido desde los inicios del Parque quienes hemos luchado por él y también visto cómo nuestros esfuerzos se desvanecen por obra de intereses particulares que amenazan con la desaparición de esa área de conservación y el desplazamiento de los pocos guanacastecos que logramos obtener una suma ínfima del beneficio económico que el Parque genera por la visitación que recibe, mientras el mayor beneficio económico se lo llevan los extranjeros.

Si los propósitos de degradar el Parque se logran, con iniciativas que favorecen intereses mercantilistas, todo quedaría en manos privadas y seguiríamos recibiendo migajas por desempeñar trabajos de empleadas domésticas, mucamas y albañiles. Cada vez más somos extranjeros en nuestra propia tierra, en la costa santacruceña donde se localiza el Parque, y ya no podemos vivir ahí porque solamente se habla inglés o alemán.

Este Parque podría generar mucho más crecimiento económico para el distrito Cabo Velas, el cantón Santa Cruz y en general para Guanacaste si se consolidara de manera organizada, involucrando a las comunidades locales en programas de gestión ambiental, ecoturismo, educación ambiental y manejo de desechos sólidos, entre otros. Desde lo más profundo de los grupos locales, con ojos de esperanza por hacer las cosas como se deben hacer, pensando en su gente y no en el bolsillo, pues la verdadera comunidad es la que desde la creación del Parque lo ha vigilado, protegido y luchado por su consolidación. Trabajando en armonía con el ambiente, con el objetivo de proteger la tortuga baula, tomando en cuenta la importancia de conservarla y conscientes del daño que sin querer

Las autoras son, respectivamente, presidenta de la Asociación de Damas Amigas del Parque Nacional Marino Las Baulas y vicepresidenta de la Asociación Pro Conservación y Defensa de los Recursos Naturales y Culturales de Guanacaste.

le estábamos causando, ya que muchos de los que ahora pertenecen a esta organización se dedicaban al saqueo de huevos de tortuga para comercializarlos, pero cambiamos de actitud pues aprendimos que tan depredador es el que consume los huevos como el que permite que se destruya el sitio de anidación. Gracias al Parque, hoy nuestro trabajo es mucho más que realizar un tour que nos beneficia económicamente y que vender nuestras empanadas; también nos ha formado para transmitir la importancia de vivir en un ambiente sano a través de educación ambiental, reforestación, limpieza de playas y sobre todo disfrutar de lo que la naturaleza nos proporciona y que es nuestro deber proteger.

No debemos dejar que nos ocurra lo que ya dolorosamente vivió playa Tamarindo, donde también desovaban las tortugas y donde muchos enamorados

de esa playa guanacasteca bella y tranquila compraron tierras, pero el desarrollo no planificado y el crecimiento de infraestructura sin tomar en cuenta la belleza de la naturaleza ni el respeto por ésta la convirtieron en un destino reconocido como centro de prostitución y narcotráfico con aguas contaminadas con caca. Los que tienen plata pueden escoger diferentes marcas y sabores de agua, ¿pero nosotros? ¿Es que acaso los guanacastecos y costarricenses nos acostumbraremos a ser desplazados y permitiremos ser extranjeros en nuestro propio país? Sin duda, el Parque Nacional Marino Las Baulas protege mucho más que a la tortuga que le dio su nombre. Mientras exista una sola baula en el planeta nuestra esperanza se mantendrá viva y valdrá la pena seguir luchando por su supervivencia.

Inicio

Baulas y desinformación

FREDDY PACHECO

Después de transitar por un laberinto sin salida; de tantos años de caminar desorientados gastando energía irrecuperable; de haber dejado en manos de entes foráneos la toma de decisiones sobre un asunto que compete fundamentalmente a los costarricenses; de haberse encontrado en el camino posiciones discordantes leales y desleales, parece haber llegado la hora de marchar hacia delante.

Hablamos de un área de conservación creada para la protección de las tortugas baula del litoral Pacífico costarricense, que desde su nacimiento jurídico ha sido motivo de controversia, en vista de errores técnicos e idiomáticos en el texto legal. Errores que han impedido tanto a los geógrafos y topógrafos del Estado, como a los del sector privado, delimitar indubitablemente el Refugio Nacional de Vida Silvestre Tamarindo y el Parque Nacional Marino Las Baulas de Guanacaste, ambos vigentes y complementarios entre sí.

Así, pasaron los años y todavía hoy no se tiene certeza de a quiénes corresponde la jurisdicción de las decenas de hectáreas que colindan con la franja de 50 metros de ancho de las playas Langosta, Grande y Ventanas, principal hábitat de anidación y eclosión de

las tortugas baula en esa parte de Guanacaste (Pacheco 2004). Terrenos de propiedad privada que se consideran importantes para la protección integral de esos maravillosos fósiles vivientes, para los cuales vecinos y autoridades gubernamentales han promovido en diversos momentos medidas de conservación complementarias a las existentes en las playas y áreas marinas del Parque Nacional usadas por las cada vez más escasas tortugas marinas que nos visitan.

Medidas de conservación que lamentablemente han sido inútiles para, al menos, mitigar la matanza que sufren sus poblaciones en las redes y palangres usadas por la pesca comercial en áreas del océano Pacífico muy alejadas de Costa Rica, donde sus poblaciones han caído dramáticamente en solo 20 años, de los más de cien mil individuos a unos dos mil. Disminución dolorosa (también afectada por la escasez de alimento en el océano) que se reflejó muy bien en las dos últimas temporadas de desove, cuando llegaron solo 27 y 41 tortugas a las playas del Parque Nacional -al crearse el Parque llegaban unas 2.000 por temporada. Disminución igualmente reflejada en la población de tortugas baula que anidan en playa Naranjo del Parque Nacional Santa Rosa, la segunda playa en importancia para su desove en el litoral Pací-

El autor, biólogo, es profesor en la Universidad Nacional.